

*Suceso: Accede a una casa ajena y le sorprenden friendo pimientos.*

Hacía muchos días que “no se comía una rosca”, es decir que no había tenido ocasión, por más que las buscara, de cometer alguna sustracción, robo, o asalto a alguna vivienda.

Él era un ladronzuelo de poca monta, y vivía del trapicheo de pequeñas mercancías robadas en casas, en las que se colaba en descuidos de los propietarios y de pequeños hurtos, a señoras que dejaban al alcance de su hábil mano, el bolso.

Nunca robaba con violencia, ni con armas. Se podría decir que era un buen ladrón.

Aquella mañana, hacía ya quince días que no se le presentaba la ocasión de cometer algún hurto, ya fuera de la índole que fuese; por lo tanto, casi llevaba a consecuencia de ello tres días, que apenas había comido.

Las tripas le rugían escandalosamente.

Al pasar por una zona de casitas bajas o pequeño chalet, vio que, en una de ellas, se habían dejado una ventana entreabierta, sabía que los dueños habían salido, porque casualmente vio arrancar un coche de la puerta, con dos personas mayores dentro de él. Su mente se puso en marcha, e imaginó el plan, tendría tiempo de sobra de husmear la casa y ver qué encontraba de valor.

Miró en todas direcciones, no venía nadie, era una zona muy poco concurrida. Sin más preámbulos empujó la ventana entreabierta, pasó una pierna, luego otra y ya estaba adentro. Con extremada habilidad, pues eran ya muchos años de oficio; buscó por toda la casa, hasta que dio con las joyas y algo de dinero, no era mucho, pero entre eso y las alhajas era un buen botín. Pensó en algo más que llevarse y encontró en un despacho un Macintosh, era un buen ordenador portátil, he echado el día, pensó con alegría, mientras sus tripas le seguían rascando por dentro.

Algo le llevó a la cocina, tal vez pudiera comer algo de la nevera, la abrió y cogió un trozo de queso que devoró en un instante y ¡oh maravilla! había una bolsa con unos maravillosos pimientos verdes, a él desdichado, le

volvían loco los pimientos verdes fritos, y sin pensar más, se dispuso a freírse una sartenada de los mismos y a devorarlos en un periquete.

El olorcillo de los pimientos, le llevaban al paraíso, después de tantos días sin apenas llevarse nada decente a la boca.

Los pimientos estaban ya casi, e iban cogiendo ese colorcillo dorado en la piel, que indican que ya están fritos por dentro.

En es preciso momento, la puerta de la vivienda se abre y dos policías con arma en la mano, irrumpen en la cocina, seguidos del matrimonio mayor, que los había avisado, de que alguien había entrado en su vivienda.

El hombre con cara compungida, apagó el fuego y retirando la sartén dijo a los policías.

- Ya casi estaban, al menos dejen que coma alguno.

Manuela

21 de noviembre de 2021